

mitad de la frente. ¿Oyes, Salvato? ¡ en mitad de la frente!... prepara tu pistola.

» Saqué una pistola del arzón, sin responder una palabra. Mi padre se aproximó á aquel hombre y le dijo algunas palabras que le hicieron palidecer: en seguida levantó el dedo al cielo.

» Al mismo tiempo disparé, y la bala fué á alojarse en medio de la frente del hombre rojo que cayó muerto sin proferir un suspiro.

» Este acontecimiento produjo un gran tumulto, y los circunstantes quisieron cerrarnos el paso; pero mi padre levantó la voz diciendo:

» — ¡ Soy José Maggio Palmieri! y éste, añadió señalándome con el dedo, *¡ es el hijo de la muerta!*

» La muchedumbre se abrió entonces delante de nosotros y salimos de la ciudad sin que nadie tratara de prendernos ni de perseguirnos.

» Cuando dejamos tras de nosotros las últimas casas de la población, espoleamos nuestros caballos y salimos á galope sin detenernos hasta el convento de Monte-Casino.

» Aquella noche, mi padre me contó la historia que á mi vez voy á referiros. »

## CAPÍTULO XI

### El derecho de asilo

Tan extraña pareció á los conjurados la primera parte de la historia que acababa de referir el joven, que la escucharon atentos, silenciosos y sin permitirse la menor interrupción. Por el silencio que guardaron durante la corta pausa que al llegar á este punto hizo el narrador, pudo éste convencerse del interés que les inspiraba su relato y del deseo que tenían de conocer el fin, ó mejor dicho, el principio.

Salvato continuó de esta manera:

— « Desde tiempo inmemorial, nuestra familia, apellidada Maggio Palmieri, vivía en la ciudad de Larino, provincia de Molisa. Mi padre Giuseppe Maggio Palmieri, ó más bien Giuseppe Palmieri como vulgarmente le llamaban, vino á Nápoles en 1778 á concluir sus estudios en la escuela de Cirugía. »

— Yo le conocí, interrumpió Domenico Cirillo; tenía algunos años menos que yo y era un joven honrado, valiente y leal. Hacia el año de 1781, época en que acababa yo de tomar el título de profesor,

volvió á su provincia, y después supimos que de resultas de una querrela con el señor de su país, en la cual había corrido la sangre, se había visto obligado á buscar un asilo en el extranjero.

— Yo os saludo y os bendigo, dijo Salvato inclinándose, á vos que habéis conocido á mi padre y le hacéis justicia delante de su hijo.

— ¡ Continuad ! repuso Cirillo ; os escuchamos con la mayor atención.

— ¡ Sí, sí, continuad ! exclamaron á una los demás conjurados.

« — Según habéis dicho, José Palmieri abandonó á Nápoles hacia el año de 1781, después de haber obtenido el diploma de doctor y una merecida reputación de habilidad, gracias á algunas curas dificultísimas que supo llevar á cabo felizmente.

» Mi padre amaba á una joven de Larino, llamada Luisa Angiolina Ferri. Novios antes de su separación, los dos amantes permanecieron fieles en los tres años de ausencia y habían convenido en unirse con lazo indisoluble tan pronto como José Palmieri regresase al país.

» Pero, durante la ausencia de mi padre, tuvo lugar un grave y desgraciado acontecimiento : el conde de Molisa se enamoró perdidamente de Angiolina Ferri.

» Vosotros, que habitáis este país, sabéis mejor que yo lo que son nuestros barones provincianos y los derechos que pretenden tener anexos á su poder feudal ; uno de esos derechos consistía en conceder ó negar á sus vasallos, según su antojo, el permiso de casarse.

» Pero ni José Palmieri ni Angiolina Ferri eran vasallos del conde de Molisa ; ambos habían nacido libres y no dependían sino de sí mismos. Había más : la posición y el caudal de mi padre le hacían casi el igual del conde.

« Éste había empleado amenazas y promesas á fin de obtener una mirada de Angiolina ; pero unas y otras se estrellaron contra la constancia y la pureza de la joven, cuyo nombre parecía ser el símbolo de su alma.

» Así las cosas, el conde proyectó una gran fiesta, que debía celebrarse en los salones y en el jardín de su castillo, é invitó á ella á Angiolina : su intención era que durante el festejo la robase su hermano, el barón de Boyano, y fuese á encerrarla al castillo de Tragonara, sito al otro lado del Tortore. Invitada al sarao como todas las señoras de Larino, Angiolina fingió una indisposición para no asistir.

» Furioso el conde de Molisa al ver burlada su esperanza, saltó por encima de todas las considera-

ciones, y al día siguiente mandó á sus *campieri* que robasen á la joven; pero mientras los sicarios forzaban la puerta de la calle, Angiolina tuvo tiempo de escaparse por la del jardín y de buscar un refugio en el palacio episcopal, lugar que gozaba del derecho de asilo y que por su inmediatez á la catedral era doblemente sagrado.

» Á esta altura se hallaban las cosas cuando José Palmieri regresó á Larino.

» Por casualidad, la silla episcopal estaba vacante en aquella época. Un vicario, amigo de la familia, hacía las veces de obispo: José Palmieri fué á verle, y el casamiento de los jóvenes se celebró secretamente en la capilla del palacio.

» Súpolo el conde de Molisa, y no obstante su indecible rabia, respetó los privilegios del asilo; pero colocó alrededor del palacio una porción de hombres de armas para que vigilasen á cuantos entraran y salieran.

» Mi padre sabía perfectamente con qué intención se habían puesto allí aquellos hombres de armas, y no se le ocultaba que su propia vida corría tan grave riesgo como el honor de su mujer. Para nuestros señores feudales, un crimen es un juego de niños; y el conde de Molisa, gracias á la impunidad en que los suyos quedaban, había perdido ya

la cuenta de los asesinatos cometidos por él ó por sus obedientes esbirros.

» La vigilancia de los hombres del conde era extremada; murmurábase por el pueblo que se habían ofrecido diez mil ducados al que entregase á Angiolina viva, y cinco mil al que presentara el cadáver de mi padre.

» Durante algún tiempo, éste permaneció escondido en el palacio episcopal: mas, por desgracia, su carácter enérgico no se amoldaba á sufrir semejante violencia. Aburrido al fin de su cautiverio, José Palmieri resolvió un día jugar el todo por el todo, acabando de una vez con su perseguidor.

» El conde de Molisa tenía la costumbre de ir todas las tardes, una ó dos horas antes del Angelus, á dar un paseo en coche hasta el convento de los Capuchinos situado á cosa de dos millas de la ciudad; una vez allí, el conde ordenaba invariablemente al cochero que volviese al castillo, y el carruaje tomaba al paso el camino de la población.

» Á la mitad de la distancia que media entre Larino y el convento, se halla la fuente de San Pardo, patrón del país, y alrededor de ella se ven esparcidos acá y allá algunos matorrales.

» José Palmieri burló la vigilancia de los sitiadores saliendo del palacio episcopal disfrazado de

fraile; bajo el hábito llevaba un par de espadas y otro par de pistolas.

» Al llegar á la fuente de San Pardo, pareciéndole el sitio á propósito para la ejecución de su proyecto, se detuvo y fué á esconderse detrás de un vallado. No tardó en aparecer el carruaje del conde: mi padre le dejó pasar; todavía faltaba una hora para anochecer.

» Aun no habían transcurrido treinta minutos, cuando oyó de nuevo el ruido que hacían las ruedas del coche. Entonces se despojó de su hábito de fraile, quedando con sus vestidos ordinarios, tomó con una mano las espadas desnudas y con la otra las pistolas montadas y se colocó en mitad del camino.

» El carruaje se aproximaba.

» Cuando el cochero distinguió aquel hombre, cuya actitud dejaba conocer intenciones poco tranquilizadoras, quiso echar por una especie de recodo que formaba el camino; pero un ligero movimiento bastó á mi padre para encontrarse frente á los caballos.

» — ¿Quién eres y qué es lo que quieres? le preguntó el conde asomándose á la portezuela.

» — Soy Giuseppe Maggio Palmieri, le respondió mi padre, y quiero tu vida.

» — Crúzale á este bribón la cara de un latigazo y sigue adelante, dijo el conde al cochero.

» Y se recostó en los cojines del carruaje.

» El cochero levantó el látigo; pero antes que le descargase, látigo y cochero cayeron á tierra de un pistoletazo.

» Los caballos permanecieron inmóviles.

» Mi padre se dirigió al carruaje y abrió la portezuela.

» No he venido á asesinarte, aunque pudiera hacerlo sin abusar del derecho de legítima defensa, dijo al conde; sino á batirme lealmente contigo. Aquí tienes dos espadas de igual longitud y dos pistolas, de las cuales no hay más que una cargada... ¡Elige! de este modo será nuestro combate el juicio de Dios.

» Y con una mano le presentó las dos empuñaduras, con la otra las dos culatas.

» — ¿Batirme con un vasallo? respondió el conde.

¡ Con un vasallo no se bate uno, sino que se le apalea !

» Y levantando el bastón, hirió á mi padre en la mejilla.

» José Palmieri cogió la pistola cargada y atravesó de un balazo el corazón del conde, el cual expiró sin hacer un movimiento, sin proferir un grito.

» Mi padre volvió á encapillarse el hábito, envainó las espadas, cargó de nuevo las pistolas y entró en el palacio episcopal tan felizmente como había salido.

» En cuanto al carruaje, tan pronto como los caballos se sintieron libres, continuaron el camino, que conocían perfectamente puesto que le andaban dos veces al día, y arrastraron el coche con su fúnebre carga hasta el castillo del conde; pero (¡ cosa extraña ! ) en vez de detenerse ante el puente de madera que conducía á la puerta del castillo, siguieron adelante, como si hubiesen comprendido que sólo tiraban de un muerto, y no se detuvieron sino en el pórtico de una pequeña iglesia colocada bajo la advocación de San Francisco, en la cual decía siempre el conde que deseaba ser enterrado.

» Y en efecto : su familia, que conocía su deseo, le dió sepultura en aquella iglesia, levantándole un cenotafio.

» Como era consiguiente, el acontecimiento produjo en el país gran sensación. La lucha empeñada entre mi padre y el conde era pública, é inútil es decir que la general simpatía estaba en favor del primero. Todo el mundo supuso quién había sido el autor del homicidio, y como si José Palmieri deseara que no quedara ninguna duda sobre este

punto, envió diez mil francos á la viuda del cochero.

» El hermano menor del conde, heredero de toda su fortuna, lo fué también de su venganza. Era el mismo barón de Boyano que había querido ayudarle en el rapto de Angiolina; una especie de miserable que á los veintiún años contaba tres ó cuatro asesinatos, amén de un sinnúmero de violencias y fechorías de todo género.

» El barón juró que no se le escaparía el culpable, y al efecto dobló las guardias que rodeaban el palacio episcopal y él mismo se puso á la cabeza de la cohorte.

» Maggio Palmieri continuaba oculto en el palacio : su familia y la de su mujer tenían cuidado de proveerlos de viveres y de vestidos. Angiolina se hallaba en cinta de cinco meses, y los esposos, entregados completamente á su amor, vivían tan felices cuanto es posible serlo cuando falta la libertad.

» Así pasaron dos meses, y llegó el 26 de Mayo, día en que se celebraba en Larino la fiesta de San Pardo, que, como antes he dicho, es el patrón de la ciudad.

» En ese día recorre las calles una gran procesión. Los habitantes de las alquerías vecinas adornan sus carros con telas de seda, guirnaldas, ramos y banderolas de todos colores y uncen á ellos bueyes

con cuernos dorados, cubiertos de cintas y de flores : los carros cierran la marcha del religioso cortejo, á cuyo frente va el busto del bienaventurado santo, y detrás, cantando en coro sus alabanzas, marchan la población de Larino y los campesinos de las aldeas inmediatas. Para entrar en la catedral, lo mismo que para salir, la procesión tenía que pasar por delante del palacio que servía de asilo á los dos jóvenes.

» En el momento en que el pueblo, detenido en la gran plaza de la ciudad, cantaba y bailaba alrededor del carro del santo, Angiolina, desoyendo las recomendaciones de su marido y creyendo que la santidad del día la garantizaba contra todo riesgo, se aproximó á una ventana. La desgracia quiso que el hermano del conde se hallase en la plaza y que reconociese á Angiolina á través de los cristales.

» No bien la divisó, arrancó el fusil de manos de un soldado, se le echó á la cara y disparó el tiro.

» Angiolina arrojó un grito, murmurando estas dos palabras :

» — ¡ Mi hijo !

» Al triple ruido de la detonación, del cristal roto y del grito de la joven, acudió Maggio Palmieri y recibió en sus brazos el ensangrentado cuerpo de Angiolina : la bala la había herido en mitad de la frente.

» Loco de dolor, su marido la llevó á su lecho y la cubrió de ardientes caricias. Todo fué inútil : entre sus desesperados brazos, no estrechaba ya sino un cadáver.

» Pero en aquel abrazo supremo, Maggio Palmieri sintió el estremecimiento que hacía el niño en el seno de la muerta.

» Entonces arrojó un grito, un rayo de luz iluminó su cerebro, y á su vez llegaron desde el fondo de su corazón hasta sus labios estas dos palabras :

» — ¡ Mi hijo !

» La madre había muerto, pero el hijo vivía y podía salvarsele.

» Maggio Palmieri hizo un esfuerzo supremo sobre sí mismo, enjugó el sudor que inundaba su frente y las lágrimas que bañaban sus ojos, y murmuró :

» — ¡ Tengamos ánimo !

» En seguida tomó su estuche de cirugía, le abrió, eligió los más acerados instrumentos, y sacando la vida del seno de la muerte, arrancó al hijo de las desgarradas entrañas de la madre.

» Luego puso al niño lleno de sangre como se hallaba en un pañuelo que anudó por los cuatro picos, cogió el envoltorio con los dientes, y con una pistola en cada mano y con los brazos desnudos y enrojecidos hasta el codo á causa de la sangrienta

operación que acababa de practicar, bajó la escalera, abrió la puerta del palacio episcopal, y midiendo con la vista la distancia que tenía que atravesar y los enemigos que le esperaban, se lanzó en medio de la muchedumbre, gritando con los dientes cerrados:

» — ¡Paso al HIJO DE LA MUERTA!

» Dos hombres de armas quisieron detenerle; ambos cayeron á sus pies para no levantarse. Á un tercer enemigo que pretendió cerrarle el paso le enterró en la cabeza la llave de una pistola. Después de atravesar la plaza y de sufrir el fuego de los guardias del castillo (por cuya puerta debía pasar indispensablemente), sin que le tocase ninguna bala, ganó un bosque vecino, salvó á nado el Biserno y encontrando en una pradera un caballo que pastaba en libertad, saltó sobre su lomo y llegó á galope á Manfredonia, en cuyo punto se embarcó en un buque dálmata que salía para Trieste.

» Aquel niño era yo. El final de la aventura, ya le sabéis; ya sabéis de qué modo vengó á su madre el *hijo de la muerta* quince años después.

» Y ahora que os he referido mi historia, añadió el joven, ahora que ya me conocéis, hablemos de mi cometido... Aun me queda que vengar una segunda madre: ¡la patria!»

## CAPÍTULO XII

### El general Championnet

El lector recordará que Héctor Caraffa había escrito, en nombre de los patriotas italianos, al general francés que acababa de obtener el mando del ejército de Roma, á fin de hacerle presente cuál era en Nápoles el estado de los ánimos y de preguntarle si podrían contar con el apoyo del ejército francés y con el del gobierno de la república, en el caso de que estallase un movimiento revolucionario en la capital de las Dos Sicilias.

Digamos algunas palabras respecto á aquella hermosa personalidad republicana, que fué una de las más puras glorias de nuestros días patrióticos. Antes de colocarla en el gran cuadro que pretendemos bosquejar, bueno será que demos al lector algunos ligeros detalles acerca de su pasado.

En la época en que empieza nuestra historia, el general Championnet contaba treinta y seis años; su rostro simpático y agradable cuadraba más bien á un hombre de mundo que á un guerrero; pero